

# **Identidad, espiritualidad ignaciana y universidad**

---

*Dean Brackley, S.J.*

***Seminario AUSJAL sobre Identidad, Espiritualidad y  
Universidad. Universidades Centroamericanas, Universidad  
Centroamericana “José Simeón Cañas”, San Salvador, Mar-  
zo de 2003.***

Es característico del modo ignaciano de proceder preguntar sobre el propósito de cualquier actividad que se emprende. ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Qué queremos lograr? En particular, ¿cómo podemos avanzar el proyecto de Dios para mayor gloria suya? Para Ignacio, esto se hace ayudando a las ánimas, es decir, a las personas a avanzar en su camino y a vivir más humana y cristianamente. Traduciendo: ¿Cómo hacer avanzar el Reino de Dios en la misión universitaria en Centroamérica? En estas reflexiones me limito al tema de la formación intelectual y la búsqueda de la verdad de la comunidad universitaria, especialmente los y las estudiantes. Organizo estas reflexiones con base en algunas ideas claves de los Ejercicios Espirituales.

## **1. “Composición viendo el lugar”**

Lo que San Ignacio llama “composición viendo el lugar” me ha servido en la práctica docente. Al inicio de un período de oración, Ignacio nos invita a “componernos”<sup>1</sup>. Es decir, usando la imaginación, plasmar una imagen que dé cierto enfoque al ejercicio. En ese espíritu yo les propongo que comencemos aquí imaginándonos el rostro de uno o dos alumnos/as de nuestras universidades, y al mismo tiempo a situarlos en el centro de la ciudad camino a la universidad, rodeados de vendedoras, huelepegas, empresarios y policías.

---

<sup>1</sup> Ignacio de Loyola, Ejercicios espirituales, no. 47; en adelante, me referiré a los Ejercicios como EE, con los números de párrafo, todo entre corchetes.

Se me pide decir algo sobre nuestra “identidad” como comunidades universitarias. Pues, reflexionemos un momento sobre la identidad de nuestros alumnos, ellos y ellas, estas “ánimas” que se quiere ayudar, y sobre su situación. ¿Cómo ayudarles a avanzar en su caminar, a ser más humanos y mejores cristianos? ¿Quiénes son los y las jóvenes de hoy y, en particular, los que asisten en nuestras universidades?

Como las generaciones anteriores, viven en un mundo dividido entre pocos ricos y muchos pobres, y se encuentran, en general, entre estos dos grupos, como clase media. Al igual que otras generaciones, enfrentan grandes inseguridades económicas. Para ellos, han caído las utopías. Son de la primera generación posmoderna de Centroamérica. Nacieron en los 80s, y son la primera generación centroamericana que, en su totalidad, se ha criado ante la TV. Son la primera generación que llega a su mayoría en una Centroamérica que es ya, o pronto será, mayoritariamente urbana. Son, con todo esto, y en parte por esto, la primera generación que se cria en un mundo radicalmente pluralista. Cuando digo radicalmente pluralista quiero decir que son sujetos de una gama de cosmovisiones y modelos a imitar: desde Shakira a la Madre Teresa, desde Ronaldo a Mons. Romero. En este mundo pluralista, a muy temprana edad, saben que hay distintas maneras de vivir y de entender la vida. Y, con esta experiencia, la sociedad tradicional entra en crisis terminal, y toda autoridad – familiar, eclesial, política y social – entra en crisis. No basta ya el argumento de autoridad. Sólo bastan las razones, la experiencia y, en el mundo posmoderno, más que nada, el testimonio coherente.

Es un mundo radicalmente plural, donde el mercado ofrece una gran variedad de vías: la vía católica, la protestante y la budista; la marxista, la consumista y hedonista, la anarquista, y el evangelio del arribismo.

Esta situación produce en los y las jóvenes profundas dudas personales respecto a lo que es la verdad de las cosas, lo que es moralmente correcto y, más profundo todavía, sobre quiénes son y quiénes quieren ser. Produce crisis personales y prorroga, a veces permanentemente, la consolidación de una identidad adulta sólida (o tal vez rígida). El síndrome tiene matices distintos para los sectores pobres y la clase media.

Ampliando esta «composición viendo el lugar», invito a ustedes a imaginarse la situación social de estos universitarios y de nosotros como educadores y el desafío que esto representa. Vivimos en sociedades de crisis permanente, en lo económico, político, social y, para muchos, familiar también, que produce inseguridad en todos estos aspectos. Esta crisis produce un drama humano. Produce lo peor de la corrupción y la barbarie; y lo mejor de los mártires y la virtud heroica. Y dentro de esta situación, sólo un tres por ciento, aproximadamente, puede asistir a la universidad.

Con los ojos de la imaginación puestos en estos y estas alumnas, invito a reflexionar cinco temas, unos más en profundidad que otros. Los cuatro primeros temas son cuatro “criterios superiores” para la educación superior. No podemos imitar a las mejores universidades de Europa o Estados Unidos; tampoco queremos hacerlo. Pero estoy convencido de que debemos superarlas; sí, superarlas reformulando nuestros criterios de excelencia universitaria en el espíritu ignaciano. Otro criterio superior sería la práctica de proyección social. La falta de tiempo y espacio prohíbe abordar este tema tan importante. Sin tratarla explícitamente, la asumo como quinto criterio de excelencia universitaria y como práctica esencial y muy propia de nuestro modo de proceder. Si el tiempo permite, terminaré con mi sueño de una universidad ignaciana del siglo XXI para América Central.

## **2. Ayudando a descubrir la vocación personal**

Al comienzo de la “Segunda Semana” de sus Ejercicios, San Ignacio propone una meditación sobre «La llamada del Rey» [EE 91-98]. Creo que nos dice algo sobre nuestra misión universitaria. Propongo que parte central de esa misión sea la de ayudar a alumnos y alumnas a descubrir y asumir su vocación en la vida, sobre todo la vocación más profunda de amar y servir.

La educación formal tiene que hacer más que llenar cabezas. Tiene que ayudar a las ánimas, es decir, a las personas, en su búsqueda de la verdad, de la realidad y de una praxis auténtica. Al hacerlo, debe ayudarles a descubrir su vocación.

Esto me parece más importante que nunca en estos tiempos de desenfrenado pluralismo y relativismo intelectual que les dificulta a todos y a todas “encontrarse”. En la universidad de inspiración ignaciana, no se impone una ideología, pero sí se propone un

camino de búsqueda para navegar por las aguas turbulentas de nuestro tiempo. Y parte del mapa que proponemos es el de descubrir y asumir la vocación propia.

La idea de vocación es central a la dignidad humana. Con disculpas a Max Weber, la idea de vocación es ajena a nuestro ambiente posmoderno. La sociedad capitalista nos trata como meros productores y consumidores; en el mejor de los casos nos ofrece empleos, pero no vocaciones.

Una vocación no es cualquier camino que uno decida abrazar, como cuando se compra una camisa en el mercado. Es más bien algo que descubrimos. Mi vocación puede ser la de criar hijos, descubrir planetas, conducir un camión o un movimiento social, o una combinación de éstos. Pero, más que algo que hago, una vocación es lo que soy o puedo llegar a ser. Para la mayoría, la música es un pasatiempo agradable, pero para algunos, como Pablo Casals, es destino: una manera de vivir que destapa sus energías más creativas. Cuando descubro mi vocación (o una parte de ella), algo dentro de mí salta de alegría. Me siento como si hubiéramos descubierto aquello para lo cual nacimos. Piénsese en el mismo Ignacio, pero también en Picasso, en monseñores Romero y Gerardi. Descubrir mi vocación aporta un sentido, mayor propósito, un rumbo a mi vida. En la sociedad liberal, urbana y posmoderna, todo el mundo tiene hambre de esto.

Aunque las vocaciones varían mucho, todos compartimos una vocación más profunda, como seres humanos: la vocación de amar y servir [cfr. EE 233]. Cuando descubrimos esta vocación, o la concretamos, experimentamos un salto de alegría interna con el carácter de lo que San Ignacio llama consolación. No se trata de responder a una exigencia impuesta desde afuera (como a veces se ha interpretado), sino de una invitación desde dentro de nosotros.

Mientras estemos vivos, una voz resuena dentro de nosotros, invitándonos a responder. Todos y todas la hemos oído, aunque otras voces pueden ahogarla. En momentos privilegiados, nos llega de forma clara y directa.

En su memoria, *Markings*, el ex Secretario General de la ONU, Dag Hammarskjöld, describe cómo “escuchó” y respondió a una invitación que transformó su vida:

“Pentecostés, 1961

No sé Quién — o qué — planteó la pregunta, no sé cuándo se la planteó. Ni me acuerdo responder yo. Pero en algún momento, de hecho, respondí “Sí” a Alguien — o Algo — y a partir de esa hora estaba convencido que existir tiene sentido y que, por tanto, mi vida, en autoentrega, tenía una meta.

Desde ese momento, he conocido lo que significa “No volver la vista atrás”, y “No preocuparse por el mañana”.

Conducido por el hilo de Ariadne que fue mi respuesta por el laberinto de la Vida, llegué a un momento y a un lugar donde caí en la cuenta que el Camino conduce a un triunfo que es una catástrofe, y a una catástrofe que es un triunfo, que el precio de comprometer la vida sería el reproche, y que la única elevación posible para el ser humano es la humillación profunda. Después de eso, la palabra “coraje” perdió su sentido, ya que no se podía quitarme nada.”<sup>2</sup>

Responder a esta llamada le dio a Hammar skjöld un sentido de dirección y de rumbo en su vida, pero lo condujo a la cruz y la muerte, también, como en el caso de tantos mártires centroamericanos, y como Ita Ford, de Maryknoll, en particular. Poco antes de su martirio en 1980, Ita le escribió a su sobrina de 16 años, en Estados Unidos: “Espero que llegues a encontrar aquello que le da un sentido profundo a tu vida. Algo por lo que valga la pena vivir — tal vez aún morir —, algo que te anime, que te entusiasme, que te haga seguir adelante. No te puedo decir lo que puede ser. Eso te toca a ti descubrir, elegir, amar”<sup>3</sup>.

Ita invitó a su sobrina a escuchar la llamada dentro de sí. Ella supo que la vida es breve. Nos toca una sola vez vivirla. Queremos hacerla valer, contar para algo, y es posible desoír la llamada. El consumismo, el individualismo, conspiran para hacernos pasar la vida dormidos, a quedarnos como niños permanentes, y niños muy destructivos, además. Podemos vivir en lo pequeño,

---

<sup>2</sup> Dag Hammar skjöld, *Markings* (New York: Alfred A. Knopf, 1964), p. 205.

<sup>3</sup> Estoy agradecido a Bill Ford, hermano de Ita, por transmitirme el texto de su carta. Judith M. Noone, M.M., *The Same Fate as the Poor*, rev. edn. (Maryknoll, N.Y.: Orbis, 1995), p. 117, omite parte del texto.

mientras nuestros países necesitan más que nada personas que lo juegan todo por la verdad y la justicia, y nuestra propia necesidad más profunda es, también, la de entregarnos a algo más grande que nosotros mismos.

Este es el sentido del ejercicio de la “Llamada del Rey”: Jesús invita a cada persona a entregar su vida por el Reino, a unir su vida a él en el proyecto de Dios en favor de la vida y la fraternidad.

La universidad no sólo debe despertar al poeta o a la química o al terapeuta latente en sus estudiantes; ante todo, debe despertar aquella vocación humana más profunda, la de amar y servir. Como dijo el Padre Kolvenbach: “La medida real de nuestras universidades jesuitas consiste en quiénes nuestros estudiantes lleguen a ser,” en que lleguen a ser “hombres y mujeres para los demás”<sup>4</sup>.

### **3. El objeto del estudio es la realidad**

En los Ejercicios Espirituales, después de la “Llamada del Rey”, sigue la meditación sobre la Encarnación [EE 101-109]. San Ignacio presenta a Dios observando “toda la faz y redondez de la tierra”, es decir, ocupándose de la realidad, de lo que está sucediendo en toda la tierra. (También en la Primera Semana, que toca a la conversión, Ignacio había insistido en la importancia de conocer al mundo y la obra de Dios en él).

En este espíritu, y siguiendo a I. Ellacuría, propongo como segundo “criterio superior” que la realidad sea el objeto principal de estudio. Tal vez este criterio parezca superfluo, pero no es así. Para alguna gente de la academia, en la práctica lo principal es más bien dominar ciertas técnicas, o bien dominar la “literatura” de su especialidad. (Peor aún cuando simplemente pasar exámenes o alcanzar notas altas se convierten, en sí mismas, en las metas principales del trabajo universitario). Ciertamente, queremos “dominar la literatura” de las distintas disciplinas, como dicen, pero no por ello sólo. Estudiamos la “literatura” (y hasta nos “perdimos” en una obra de teatro) para entender mejor la realidad de la vida. De lo contrario, invertimos medios y fines. En vez de dominar la lite-

---

<sup>4</sup> Peter-Hans Kolvenbach, S.J. “The Service of Faith and the Promotion of Justice in American Jesuit Higher Education”, discurso dado en la Universidad de Santa Clara, Santa Clara, California, 6 octubre de 2000.

ratura, o las técnicas, ellas nos dominan a nosotros, convirtiéndose en obstáculos para nuestra formación integral. Yo he conocido profesores que han, prácticamente, asimilado las obras principales de la civilización occidental, pero que eran incapaces de decirte cuántos vivían en la calle, sin casa, en su propia ciudad, o por qué vivían así. No podemos considerar a nuestros graduados y graduadas como personas bien formadas universitariamente si no saben estas cosas, o si estas cosas no les interesan. Y, ahora, no basta con conocer la realidad nacional; es crucial entender el contexto internacional. Todo esto nos lleva a otro criterio superior para la educación universitaria.

#### **4. El drama central de la realidad**

La realidad —su sentido y significado— gira alrededor de un núcleo central. Este núcleo es el drama de vida y muerte, de bien y mal, de injusticia y liberación, de pecado y gracia. En la meditación sobre la Encarnación (ya mencionada), Ignacio explica lo que es el proyecto de Dios. Lo que las tres Personas divinas observan en la tierra es el gran drama de vida y muerte, de bien y mal [EE 101s, 106s]. La Trinidad envía a Jesús a responder a este drama, y luego Jesús llamará a cada persona a colaborar con él, haciendo lo mismo. Hoy este drama será el principio organizador del plan de estudios para las universidades y para cada estudiante. Es el tercer criterio superior que proponemos.

No toda pregunta tiene el mismo valor. Buscando la verdad de manera ordenada y científica, la universidad otorga prioridad a las preguntas más importantes respecto a la realidad. Cualquiera que sea nuestra especialidad, los distintos datos y hechos y todas las disciplinas giran en torno a un enfoque central. La razón ilustrada coincide con la fe al reconocer que lo que importa más es la vida y el bienestar de la humanidad y del entorno natural. Las preguntas cruciales son estas: ¿De qué manera están amenazadas la vida y el bienestar?, y ¿Cómo podemos hacerlos florecer? En el lenguaje de la fe, la cruz es el centro de la realidad, el centro de la historia. Desde la cruz dejamos surgir las preguntas. Desde ahí, buscamos las respuestas. De la cruz de Jesús y de las cruces de nuestro tiempo. De ahí surgen nuestras preguntas más importantes: ¿Quiénes son los pueblos crucificados de hoy? ¿Qué sufren y por qué? ¿Cómo bajarlos de sus cruces? ¿Cómo ayudarles a

resucitar?<sup>5</sup> Al pie de estas cruces comenzamos a ver las cosas rectamente. Aparte de estas cruces, nuestra sabiduría se convierte en necesidad. El estudio universitario debe dar prioridad al sufrimiento y sus causas, y a la sanación y la liberación.

Pocos meses después de la masacre de la UCA en El Salvador, Juan Pablo II escribió lo siguiente sobre la Universidad Católica:

Sus actividades de investigación incluirán (...) el estudio de los graves problemas contemporáneos, tales como la dignidad de la vida humana, la promoción de la justicia para todos, la calidad de vida personal y familiar, la protección de la naturaleza, la búsqueda de la paz y de la estabilidad política, una distribución más equitativa de los recursos del mundo y un nuevo ordenamiento económico y político que sirva mejor a la comunidad humana a nivel nacional e internacional(...)

El espíritu cristiano de servicio a los demás en la promoción de la justicia social reviste particular importancia para cada Universidad Católica y debe ser compartido por los profesores y fomentado entre los estudiantes (...)<sup>6</sup>

El servicio social, ¿pone a los estudiantes en contacto con la realidad sufrida del país? ¿Hay acompañamiento adecuado para este encuentro con las víctimas?

## **5. Educación liberadora y liberación cognitiva**

Lo que más le interesó a Ignacio es que las personas tuvieran la capacidad de elegir bien en la vida diaria y producir fruto. Insistió que esto requiere libertad interior (o "indiferencia"), lo cual se enfatiza en el Principio y Fundamento [EE 23] y la Elección, o decisión mayor [EE 169189], que es el momento central de los Ejercicios. Para vivir bien hay que saber discernir y elegir bien. Lo que quiero recalcar en este contexto es lo siguiente: para discernir bien, hay que saber lo que está en juego. Hay que entender la realidad de las cosas. Es decir, la libertad interior tiene su dimen-

<sup>5</sup> Cfr. I. Ellacuría, "Las iglesias latinoamericanas interpelan a la Iglesia de España," *Sal Terrae* 3 (1982), p. 230.

<sup>6</sup> Juan Pablo II, Constitución apostólica *Ex corde ecclesiae*, sobre Universidades Católicas, 15 de agosto de 1990, nos. 32, 34.



sión cognitiva. Vivir “en la luz” significa superar las tinieblas interiores y las distorsiones públicas, es decir, los prejuicios y puntos ciegos que se interponen entre nosotros y la realidad. Hace falta una “liberación cognitiva”. Es un punto descuidado en la educación formal y tarea obligatoria en nuestras universidades. Lo propongo como cuarto criterio superior.

No todos en una universidad están de acuerdo sobre las preguntas más importantes. Además, con frecuencia, los debates sobre temas muy importantes --de vida y muerte, por ejemplo, o sobre el papel del estado en la economía, la justificación de una guerra, o del aborto o de la misma fe cristiana --no avanzan mucho. Dejan a muchos perplejos y frustrados. En estos diálogos de clase y sobre café en el cafetín, ¿cómo podemos avanzar mejor dentro del ambiente pluralista que debe prevalecer en nuestras universidades? ¿Cómo buscar la verdad de la realidad con mayor autenticidad y mayor fruto? Creo que es necesario, entre otras cosas, abordar la manera en la que el discurso común y corriente (de “sentido común”), igual que los prejuicios personales e institucionales se interponen entre nosotros y la realidad. Creo que no se toma esta necesidad con suficiente seriedad en muchas universidades. Hace falta la liberación cognitiva, en el espíritu de Medellín que, ya hace mucho, pidió que la educación fuera liberadora.

### **El sótano de la vida intelectual**

Personas inteligentes y bien informadas arman argumentos impresionantes en favor o en contra del libre comercio, la intervención militar o las relaciones prematrimoniales. Sin embargo, aún cuando estén de acuerdo respecto a los hechos, los ponderarán de diversa manera. Podrán dialogar sin término, e incluso con coherencia, sin resolver el asunto. ¿Por qué? Su discurso racional raras veces los lleva más allá de las posturas explícitas para abordar las presuposiciones -sobre el ser humano, el cosmos y los valores éticos -que subyacen a sus argumentos. Me refiero a los mitos y asunciones, en gran parte no concientes, que establecen el horizonte de su mundo, los parámetros dentro de los cuales interpretan y evalúan los datos. Cada persona vive en su mundo. Todo lo que se encuentra al centro de mi mundo, me mueve. Lo que queda en la periferia me deja frío.

Nuestra formación cultural (por la familia, la escuela, la iglesia, los medios de comunicación), nuestro lugar social, nuestra

experiencia y elecciones del pasado, todo esto condiciona cómo entendemos la realidad. Junto con muchos beneficios, de ahí heredamos también prejuicios y puntos ciegos que compartimos con los miembros de nuestra familia, nuestra clase social, raza, tanda de edad, sexo, religión y nación. No podemos ver el reverso de nuestras cabezas para descubrir estas limitaciones. El discurso de “sentido común”, reforzado por los medios, también tiende a encubrir las. Muchos pensadores y disciplinas han laborado para trazar el mapa de este substrato de la vida consciente y racional (Marx, Freud, Nietzsche, Gadamer, la sociología del conocimiento, el feminismo, etc.).

Al trazar las raíces de nuestro pensamiento por debajo del nivel consciente, descubrimos que nuestras más básicas asunciones, símbolos y mitos sobre la vida están arraigados en los deseos y las inclinaciones que se plasmaron en nuestra interacción con el entorno familiar más temprano y con las instituciones portadoras de valores de la sociedad en la que nos criamos. Muchos creen que descansan, en último término, sobre compromisos con valores, incluso compromisos religiosos, que son, a fin de cuentas, irracionales. De ahí sacan la conclusión que nuestras diversas cosmovisiones, mientras deben ser coherentes internamente, son, sin embargo, mutuamente inconmensurables y que no hay manera de arbitrar entre ellas racionalmente. Por lo tanto, no debemos esperar que los debates trascendentales de la universidad, debates cargados de valores, lleguen a conclusiones “correctas”. Pues, aunque hay algo de verdad en esta perspectiva, pasa por alto el hecho de que en esta materia, se trata de presuposiciones en gran parte *no examinadas*, basadas, además, en la *experiencia limitada y parcial* y en *prejuicios sin fundamento*. Estas circunscriben el ejercicio de nuestra imaginación e inteligencia. Si no las abordamos, nuestra búsqueda de lo verdadero y lo correcto sería también parcial y prejuiciada. Algunas preguntas importantes no emergerán para nosotros.

Los cristianos/as hablamos de pecado -personal, habitual, original y estructural -pero raras veces hablamos de las consecuencias cognitivas: la distorsión personal, habitual, original y estructural. Mientras es difícil asignar responsabilidad personal para el pecado original y estructural, todos y todas reconocemos que la distorsión sirve a intereses poderosos. El prejuicio personal no es siempre culpable. ¿Cómo culparnos por la ignorancia y el prejuicio que hemos heredado, simplemente? Sin embargo, tenemos que

abordarlos, una vez que los reconocemos. Ellos, también, hacen daño y perjudican la búsqueda de la verdad. Y, seamos sinceros, nos aferramos a ellos, a pesar de la evidencia.

Nuestro pensar estriba en nuestros compromisos y se apoya en la estructura de nuestra afectividad. (La escolástica comprendió cómo el pensamiento es entrelazado con la voluntad y los sentimientos -la *circumcessio intellectus et voluntatis*). Si no desenredamos los hábitos del corazón y ordenamos nuestros compromisos, no estaremos en contacto con la realidad. Cuando los educadores descuidan estos obstáculos al entendimiento de la verdad de la realidad, entonces, a pesar de toda nuestra racionalidad, la autenticidad de nuestra búsqueda de la verdad es cuestionable *en términos estrictamente académicos*.

Pues, ¿qué requiere la liberación cognitiva? Junto con la mayoría de los “maestros de la sospecha”, la Academia suele recetar más razón y mayor autoconciencia. Sin embargo, mientras ciertamente se necesita eso, la liberación cognitiva requiere más. Mis mitos y presuposiciones más fundamentales están enquistados, a fin de cuentas, en mi propia identidad. Estoy comprometido con ellos, tengo un gran interés en ellos. Cuestionarlos a ellos es cuestionarme a *mí* y sacudir los fundamentos de mi mundo. La distorsión llega tan profundo en nosotros que la liberación cognitiva depende de la transformación personal.

La realidad es razonable, pero seríamos ingenuos si suponemos que la razón sola nos conducirá a ella. Descubrir la verdad requiere una razón enriquecida, o mejor, una razón integral. Para desafiar nuestros compromisos intelectuales y nuestros valores, la educación tiene que implicar la experiencia y la práctica. Los libros solos no bastan. En la mayoría de los casos es necesario provocar una crisis saludable que amplía horizontes y despierta preguntas nuevas. Sólo esto permite a las personas re-configurar su mundo, reubicando las cosas importantes en el centro del cuadro y las cosas menores al margen. Algo parecido pasa con frecuencia cuando nuestras alumnas/os de clase media trabajan, por ejemplo, como parte de su servicio social, en comunidades pobres.

### **Encuentros con víctimas**

Nuestras alumnas y alumnos llegan a la comunidad con algo de aprensión y ansiedad. ¿Me van a asaltar? ¿Me rechazarán?

Al contrario, los estudiantes se sorprenden cuando la gente los recibe con gozo, y se maravillan cuando insisten en compartir sus pocas tortillas con ellos. Pero, cuando comienzan a conocer a personas concretas, escuchan sus historias, historias de hambre y desempleo, de abandono y terremotos, de guerra, de muerte, de masacres y hasta de tortura. Si esto pasa, el encuentro partirá el alma de los universitarios. Será la parte más importante de su servicio social. Puede cambiarles la vida, si tienen el valor de asimilar esta realidad.

Si dejan que la humanidad de los pobres reviente sus defensas, verán atisbos de su propia reflexión en los ojos de estas víctimas. Son gente como nosotros. Sentirán una invitación a poner a un lado la carga de su propia superioridad (de la que eran sólo medio consientes). Se sentirán un poco más pequeños. Sentirán algo de aquella vergüenza dulce, y santa confusión de la que Ignacio habla en la Primera Semana de los Ejercicios (que trata la experiencia de conversión). Su mundo se tambaleará. Estarán perdiendo su equilibrio. En realidad el mundo se desmorona. ¿Qué mundo? El mundo de la gente importante como ellos y de la gente que no cuenta para nada, como sus anfitriones. Les invadirá el temor y la fascinación a la vez. Sentirán la desorientación de quienes se enamoran. Y, de hecho, eso es lo que estará pasando, una especie de enamoramiento. La tierra tiembla. El horizonte se abre. Entran a un mundo más amplio.

En este intercambio, las masas de los pobres emergen de su anonimato en dos dimensiones y cobran una humanidad de tres dimensiones.

Nuestros alumnos/as de clase media descubren que el mundo es mucho peor de lo que se atrevían a pensar. Pero no sólo eso, la hospitalidad y humanidad de muchos pobres, no todos, comunica esperanza también, a pesar de todo. (La aceptación, la esperanza y la generosidad de los pobres son formas de la consolación “sin causa” precedente de la que habla San Ignacio [EE 330, 336]. No vemos las causas de esta consolación. Esta gente no tiene salud, ni buena alimentación. Estamos ante la cuarta dimensión de este encuentro: Dios presente entre los pobres como uno que humaniza y consuela [EE 224]). Así, las víctimas revelan que algo pasa en el mundo que es más maravilloso de lo que solemos imaginarnos. El pecado abunda, pero sobreabunda la gracia (Rom 5,20).

Las víctimas se revelan como un lugar privilegiado de aprendizaje para nuestra gente de clase media. Las mayorías pobres les pueden ayudar a superar la "distorsión original" del mundo: la idea de que unos son más y otros menos. Unos son importantes y otros no cuentan. Los pobres pueden liberar a los no pobres de la idea extraña de que son la norma para la humanidad, y de que su realidad es el eje del mundo.

Los pobres los pueden despertar de su sueño ante la lucha diaria contra la muerte que nos rodea. Les pueden revelar lo que importa más en la vida, es decir, la vida misma, el amor al prójimo, y la fraternidad. Los y las no pobres, nuestros universitarios, necesitan a los pobres más que éstos los necesitan a ellos. Las víctimas los sacan afuera de sí mismos, y los introducen más profundamente en el drama central de la realidad, el drama de cruces y resurrecciones diarias. Esta experiencia confirma la validez de nuestro segundo criterio superior sobre el núcleo de la realidad y enfoque del estudio universitario. Me dice también que no basta la proyección social de la universidad como vía de un solo sentido. Hace falta introyección social también. Hace falta que nosotros como universidad absorbamos la realidad de las víctimas<sup>7</sup>, dejando que los pobres cambien nuestras universidades.

Volviendo al tema de la vocación, el encuentro con las víctimas es un lugar privilegiado donde nuestros estudiantes pueden descubrir aquella vocación más profunda de amar y servir. Es un lugar especial para escuchar una "llamada del Rey". Pues, como la misma palabra sugiere, una vocación es evocada por nosotros. Los padres de familia descubren sus vocaciones respondiendo a sus hijos. Los esposos, ella y él, evocan su vocación de esposo y pareja, uno a partir de la otra, y viceversa. Mons. Romero descubrió su vocación de profeta al responder a la crisis nacional que le tocó vivir. Ignacio en su día, Dietrich Bonhoeffer en la Alemania nazi y Dorothy Day en la Nueva York de la Gran Depresión, crecieron en sus vocaciones al responder a su entorno social. El mundo real nos sacude y saca de nosotros nuestras vocaciones.

Obviamente, mucho depende de dónde estamos. Si Mons. Romero hubiera pasado la mayor parte de su vida en la playa,

---

<sup>7</sup> El encuentro con los pobres puede ayudar a los no pobres a sanar sus múltiples heridas internas y apartar de sí algunas aflicciones más triviales. Caminar con los marginados sociales ayuda a reconciliarse con el marginado interior.

¿nos acordaríamos de él, hoy, como cristiano y pastor modelo? Algunos lugares son mejores que otros para oír la llamada a amar y servir. Las víctimas son mediadores privilegiados de esa llamada que uno experimenta en forma de consolación que mueve a elegir y a actuar.

De distintas maneras, caminar con los pobres abre nuestros ojos. Esto, que merece más atención, ilustra la dimensión práctica de la liberación cognitiva y de la razón integral. Ilustra, también, su dimensión afectiva. Reflexionemos sobre esto más de cerca.

El encuentro con la víctima con frecuencia ocasiona en personas con la disposición apropiada (con suficiente libertad interior) aquellos movimientos interiores que Ignacio llama consolación y desolación<sup>8</sup>. Estos movimientos afectivos no son cualquier sentido de placer o de bajón anímico. Parecen surgir desde nuestro centro, y afectan nuestro estado interior global. Pueden ser más o menos intensos. La consolación es aquella clase de paz y gozo que me entusiasma (a pesar de todo) y me impulsa hacia el servicio generoso. Suele ser desproporcionada en relación a sus causas aparentes. La consolación, el toque de Dios (el Espíritu) que nos atrae hacia adelante en el camino de la transformación personal. La desolación me mueve en sentido contrario. Es tristeza, turbulencia interior, un desánimo pesado que hala hacia atrás y nos encorva sobre nosotros mismos. No es siempre fácil reconocer e interpretar el sentido de estos estados de ánimo. La consolación revela el camino que conduce a mayor autotranscendencia y mayor luz, mientras la desolación suele indicar donde la persona se está resistiendo a la autotranscendencia.

Lo que nos interesa más aquí es esto: La consolación y la desolación dan origen a ideas o imágenes. Con frecuencia la consolación da origen a imágenes y conceptos que amplían el horizonte limitado de la persona. Paul Ricoeur dijo que el símbolo da origen al pensamiento<sup>9</sup>. Añadimos: La consolación da origen a símbolos liberadores. Las implicaciones son vastas para nuestra búsqueda personal y colectiva de la verdad y de una praxis auténtica.

La consolación socava prejuicios intelectuales. Esto pasa con frecuencia en el encuentro con la víctima. Cuando este en-

---

<sup>8</sup> Cf. [EE 313-336].

<sup>9</sup> Paul Ricoeur, *The Symbolism of Evil* (Boston: Beacon Press, 1967), pp. 347-57.

cuentro provoca desolación y, sobre todo, consolación, se convierte en momento privilegiado de formación intelectual (y personal): una oportunidad para la liberación cognitiva.

Pues, con todas nuestras materias y diplomas, ¿podemos considerarnos, o considerar a nuestros estudiantes bien formados, universitariamente, si no han permitido que las víctimas abran sus horizontes y amplíen su mundo de esta manera? Concretamente, esto me sugiere la importancia académica del servicio social, la necesidad de acompañar ese servicio con un componente de reflexión supervisada. Me sugiere también la necesidad de incorporar unas horas semanales de praxis tomando un “texto” central de estudio y reflexión en algunas materias académicas (ver más adelante mi sueño universitario: materias que se llaman de “servicioaprendizaje” en algunas universidades que conozco), materias que bien pueden ofrecer los departamentos de ciencias sociales, de filosofía, de letras, de educación o de teología.

### **La razón integral**

La sabiduría siempre ha sido la meta de la educación cristiana. La sabiduría es producto de la razón integral que abarca la persona entera -intelecto, voluntad, afectividad. Esto es, creo, la primera analogía del conocimiento. Otros modos de racionalidad son necesarios, pero son derivados y parciales.

La matemática y las ciencias naturales requieren la observación libre de prejuicios e interferencias afectivas. Dependen de algo que aproxima a la razón pura. Pero entender la vida requiere más que datos, rigor lógico y aun autoconciencia superior. Ya que la vida es un drama moral, comprenderla requiere simpatía moral y compromiso práctico. Requiere entrar en el drama y dejar que el drama entre en nosotros. Es lo que pasa cuando conocemos a otra persona como amiga o cuando nos enamoramos. Es lo que pasa cuando entramos en un país extraño o un barrio nuevo o un nuevo lugar de trabajo. Para apropiarnos de la verdad de la realidad nueva, tenemos que ajustarnos a ella moral y prácticamente<sup>10</sup>. Para esto, la pura razón no basta. Para San Ignacio, lo que nos

---

<sup>10</sup> En la Biblia “conocer” es así. El pensamiento occidental distingue agudamente entre sentir y conocer conceptualmente. Ignacio supera este prejuicio en gran parte. Cfr. también Xavier Zubiri, *Inteligencia sentiente. Inteligencia y realidad* (Madrid: Alianza, 1980).

“Ilena” es un saber que es a la vez “sentir y gustar de las cosas internamente” [EE 2]. La razón sólo sirve a la sabiduría cuando la persona es libre internamente, libre para amar y servir. La razón necesita alimentarse en la praxis y dejarse ilustrar por los símbolos que surgen de la consolación. Necesita enriquecerse con la imaginación.

Es por eso que sugiero estos cuatro “criterios superiores” para la excelencia universitaria en Centroamérica: Primero, ayudar a la gente a descubrir su vocación, especialmente la de amar y servir; segundo, estudiar la realidad; tercero, organizar el estudio alrededor del drama central de vida y muerte, injusticia y liberación, pecado y gracia; cuarto, facilitar la liberación cognitiva. ¿Sería muy pretencioso pensar que estos puntos nos pueden ayudar a dar mayor gloria a Dios que si sólo aspiramos a cumplir, con menos recursos de este mundo, los criterios que se proponen Harvard y la Sorbona?

Termino con dos reflexiones finales.

## **6. Educación universitaria y «Dos banderas»**

Dijimos que las vocaciones son evocadas. Modelos a imitar y mentores sirven para evocarlas de manera privilegiada. Sirven como “parteras” de nuestras vocaciones. Muchas personas descubren su identidad y su misión en la vida en relación con modelos a imitar. Son personas especiales con las que resuenan afectivamente hasta identificarse con ellas. Se ven en ellas, al menos en parte, como en un espejo. Puede ser una tía, un párroco, un profesor o una figura conocida indirectamente por la lectura u otro medio. Modelos a imitar reflejan en nosotros quiénes somos o podamos llegar a ser. Muchas personas también aprenden su vocación como aprendices de mentores. Nuestros alumnas y alumnos deben encontrar modelos a imitar y mentores entre el personal de nuestras universidades.

Para los seguidores de Jesús de Nazareth, él es quien llama a la vocación más profunda de amar y servir. (El es quien llama, incluso, a quienes no lo reconocen por nombre). Para los y las cristianos, él es también modelo principal a imitar y mentor principal. El muestra el camino a seguir, siendo él el mismo camino.

En el centro de los Ejercicios ignacianos encontramos una meditación fundamental que se llama “Dos banderas”. Extiende la



reflexión sobre la “Llamada del Rey”, cristaliza la visión de Ignacio, y especifica el camino de Jesús a diferencia del camino de “este mundo”. ¿Qué nos dice a nuestras comunidades universitarias?

Esta meditación explica el camino del mundo como una progresión de tres pasos que nos enredan y nos deshumanizan sin que nos demos cuenta. ¿Cuáles son los pasos? Primero, la codicia de riqueza; segundo, los honores de este mundo; tercero, la “crecida soberbia”, es decir, arrogante prepotencia (si bien puede disfrazarse de mil maneras). A partir de ahí, dice Ignacio, somos capaces de prácticamente todo, hasta de matar a miles de iraquíes inocentes en el nombre de Dios.

El camino de Cristo es precisamente lo contrario. Cristo nos invita y atrae: primero, a la pobreza; segundo, al desprecio; y, tercero, a la humildad. Se trata del camino del Siervo de Dios y no del Mesías guerrero, como Pedro pensaba.

Aquí Ignacio capta el corazón de lo que los evangelios enseñan sobre el camino de Jesús. ¿Qué nos dice a nosotros? ¿Por qué no asumen muchas personas su vocación más profunda como una vida de servicio y amor? ¿Por qué, habiendo comenzado bien, se desvían poco a poco de ese camino o simplemente no llegan a producir el fruto abundante que pudieran? ¿Cuál es la tentación que les engancha? ¿El sexo, verdad? ¡No! El pisto. El deseo de enriquecerse. “La raíz de todos los males es el afán del dinero” (1 Tim 6,10).

Pero las cosas que puedo tener son buenas, ¿no es cierto? Y la pobreza es mala. Eso sí. Correcto. Tampoco es pecado recibir honores y gozar de prestigio. El punto no es que estas cosas sean malas o que poseerlas sea malo. El punto es que son moralmente ambiguas. Es más: desearlas y recibirlas es peligroso, es la más peligrosa de aquellas tentaciones indirectas y sutiles que desvían a la gran parte de la gente de un compromiso profundo, duradero y fructífero.

Esta reflexión es muy actual. Vengan de sectores más pobres o bien de clase media, la mayoría de nuestros estudiantes acude a nuestras universidades como medio de seguridad. El título universitario es una especie de seguro económico y social ante la inseguridad que siempre amenaza. Vienen en plan de vivir más allá de la pobreza e incluso vivir cómodamente. Un título universi-

tario (¡jesuítico!) también les otorgará prestigio. Buscar la seguridad no es mala en sí. Por ejemplo, una madre puede luchar para sacar a su familia de la pobreza. Pero, por otro lado, el equipo Bush invade Irak para afianzar la “seguridad nacional” de Estados Unidos, o al menos de su clase privilegiada y sus aliados. Buscar la seguridad es un proyecto ambiguo, e incluso para la madre soltera luchadora. Escapar de la pobreza no es malo. Lo que sí es malo es huir de los pobres. Ahí está la clave. Estamos ante el drama de la comunidad universitaria que quiere ser cristiana. En Centroamérica, la universidad otorga una medida de seguridad y de prestigio a graduados y graduadas y también al profesorado y la administración. No es malo, pero es peligroso. ¿Por qué? Por la tentación de interpretar los honores del mundo según los criterios del mundo, lo cual conduce a la “crecida soberbia”. Para el mundo, los graduados y el personal universitario es gente importante, a diferencia de los pobres que cuentan menos o no cuentan para nada. Para el mundo, el personal universitario tiene derecho a su seguridad. La “gentecita” pobre es menos. El grave peligro aquí es la soberbia que, para San Ignacio no tiene nada que ver con la sana autoestima. Tiene que ver con el desprecio a los demás que permite que carezcan de servicio de salud, alimentación y educación. Es la prepotencia “in-solidaria” que mata.

¿Cuál es el remedio? Es la misma pregunta que ésta: ¿Cómo consolidar un compromiso serio, duradero y fructífero? Y la respuesta del evangelio (y de Ignacio) es esta: el camino de Cristo, es decir, la pobreza (la austeridad o sencillez y la disposición de compartir con personas que tienen menos), el desprecio (la “indiferencia” ante honores y el deseo de sufrir por asumir la causa de los pobres) y, por fin, la humildad. Y ¿qué entendemos por “humildad”? Reconocer que no soy más que la señora que vende en el mercado o el niño de la calle. No soy más.

Para ir al grano. El mundo propone un “alcismo” (de carácter marcadamente capitalista en nuestro tiempo). Con “alcismo” me refiero a la estrategia de vida de subir la escalera social y unirme a la gente cómoda de mayor rango. Cristo propone otra estrategia de vida: el “bajismo” que quiere solidarizarse con las víctimas e identificarse con ellas. ¿Qué significa esto concretamente? La forma concreta en que cada persona debe vivir la pobreza, el desprecio y la solidaridad es un asunto de discernimiento que no podemos plasmar en fórmulas simples que sirvan para todas las

personas y situaciones. Es un tema que tendremos que dejar para otra día.

¿Cómo justificar estudiar en la universidad cuando hay niños y niñas que no tienen lo necesario de comer? Hay una sola justificación. Hacemos todo eso por ellos. Una alumna que estudia con nosotros debe pensar que está acumulando capital cultural que se concentra en su persona. Después de graduarse, esta propiedad cultural debe socializarse en beneficio de la comunidad. Por tanto, nuestros graduados deben reconocer que sobre su educación universitaria grava una hipoteca social alta que tendrá que devolver en el curso de su vida.

## **7. Conclusión: sueño de una universidad de inspiración cristiana en la Centroamérica del s. XXI**

A veces sueño con una universidad en Centroamérica con las siguientes características y demás recursos suficientes como para hacerla realidad:

7.1. Sueño con una universidad suficientemente pequeña, no masiva, como para poder ofrecer una educación de muy alta calidad académica. Nuestros países necesitan de nosotros universidades más análogas a la Sorbona o a Harvard que a la Universidad de Maryland con sus 50,000 estudiantes.

7.2. Sueño con una universidad que ponga gran énfasis en todas las carreras y en programas extracurriculares, en los valores humanos y cristianos, estudios humanísticos además de técnicos, formación integral, con requisitos de teología, en particular, para todos y todas. (Actualmente, en mi universidad, durante sus cinco años, los y las estudiantes de Licenciatura en Contabilidad cursan sólo las siguientes materias humanísticas: dos filosofías, una ética, una sociología. No cursan ninguna ciencia natural, ninguna teología, ninguna historia). Es necesario vacunar al estudiantado ante el virus del consumismo individualista y el "alcismo" y contagiarlos con una visión intensamente humana y cristiana. Esto es, una vez más, muy difícil en una universidad de admisión masiva.

7.3. Sueño con una universidad que ofrece, y hasta requiere, materias académicas que incluyen unas horas semanales de servicio social como "texto" central de estudio y reflexión. Estas materias (que se llaman "de servicio-aprendizaje" en algunas universidades)

bien pueden ser asignaturas de los departamentos de ciencias sociales, filosofía, letras, educación y/o teología.

7.4. Sueño con una universidad con fuerte proyección social.<sup>11</sup>

7.5. Sueño con una universidad que tenga una fuerte opción preferencial por estudiantes pobres. Esto requiere un programa de becas para pobres dotados y generosos. Una razón sería que la comunidad universitaria rechaza la idea de que la universidad es para no pobres. Este compromiso significaría: a.) desarrollar contactos con las comunidades rurales y urbanas marginales, con parroquias y colegios, para identificar y preparar candidatos. b.) desarrollar un sistema de tutoría y acompañamiento dentro de la universidad. ¿Qué porcentaje de estudiantes pobres podemos fijar como meta – en cinco años, en diez años? ¿Un 10%? ¿Un 20%?

7.6. El medio es el mensaje. Por tanto, para terminar, sueño con una universidad que luche por practicar el ethos del Reino cuyo tiempo es ya: universidad que sea zona libre de armas (incluso para su personal de seguridad) y que, aún con su crisis económica permanente, resista la lógica totalizadora del mercado que convierte todo en mercancía (cada hoja de papel y cada servicio), cobrando el máximo de “lo que el mercado puede soportar”.

---

<sup>11</sup> “Si es necesario, la Universidad Católica deberá tener la valentía de expresar verdades incómodas, verdades que no halagan a la opinión pública, pero que son también necesarias para salvaguardar el bien auténtico de la sociedad (...)” (Juan Pablo II, *Ex corde ecclesiae*, no. 32).